

El personaje: Ramón Medina Villasmil "Villa"

Elite, 1954-07-17.

Cuando el pan era mucho más bobo que hoy y Villa era aprendiz de panadero, había en Maracaibo una forma seria de ganar el pan: *sudandito*, y dos modos piches de amasarlo: *estilo Caracas* "más avanzado con levadura *Fleshman* y con máquinas"; y *estilo Maracaibo*, "con menos corteza, levadura de papa y a pura mano". El pan estilo Maracaibo era (y es, mientras lo diga un maracucho) más grande y más sabroso.

Los maracaiberos eran, ya tan exagerados que lo cocinan a fuego vivo de pelota. Encendía fuego con leña del Gavilanes y el Pastora y enviaban el calor por radio a las panaderías. Así llegaba a la "Zuliana" de Borges Villegas, en la calle Colón, donde ya a los catorce recién metidos en calzones largos Villita fungía de aprendiz. Los "vivianis" de maestros lo solían dejar solo a la altura de la última hornada. Una noche de 0-0 memorable a los 14 innings, el aprendiz dejó el honro "por un ratito" y se quemó la hornada con rato, levadura *Fleshman* y todo.

– ¡No me botaron porque el maestro era gavilanero cien por cien, como yo!
Y trabajó en la "Panadería Zuliana", de la calle Colón, por cinco años más.

* * *

Ramón Medina Villasmil, Villa por más corto y Villita por cariño, nació en el barrio de Chiquinquirá, en lo que llaman "El Tránsito", el 10 de julio de 1919, un número sortario para la lotería. El lugar pertenece al Saladillo, donde se escondían los guapetones y aparecían los hombres muertos. Los choques eran casi siempre contra los del Empedrado. En el Saladillo nació también la gaita zuliana, la "exclusivamente zuliana" de los zulianos del Zulia. Es ese canto maracaibero que desentona Villa en la Institución Zuliana cuando le echa valor a la garganta.

Villa es hijo de Eduardo Antonio Medina y María del Rosario Villasmil. Su padre murió cuando tenía 18 años, "yo ya estaba grande", y se quedó con su mamá y su hermana, Carlota Elena, hoy residenciadas en Caracas.

Como en aquel entonces los pobres no tenían dinero, como hoy, el Villita de los seis o siete años no tenía quien lo cargara hasta el colegio de pago y solía ir a rueda de sus propios pies zambos hasta una escuelita de casa de familia frente a la plaza del General Urdaneta. Cuando su mamá supuso (nadie sabe por qué) que Villita estaba bastante preparado para un ascenso lo mandó al colegio de varones del Bachiller Andrade, mal conocido por "cuarto de majarete". El niño de ocho años dió su "nombre y cuestión" y le hicieron sentar a caballo del borde mismo de un banco roto. Villita, como todo novato, tenía los ojos abiertos como platos y hacía todo lo que le soplaban a la oreja sus *asesores*. Cuando le llegó la hora de la lista, uno de ellos le hizo la caridad de explicarle,

cómo funcionaba aquel lío de nombres y respuestas, y le dijo: "mira, cuando te vayan a nombrá"... Cuando Villita se oyó nombrar contestó:

– +))&°\$//3/4

Hubo muchas risas y el "cuarto de majarete" se puso bravo. Llamó otra vez uno a uno a todos y repartió a palmetazo por risa. Cuando llegó a Villita que iba todo asustado, se detuvo lo sujetó por la barbilla y le dijo:

– Dile a tu mamá que te mande a otra escuela, que ésta no es para tí...

* * *

Después lo llevaron al Colegio Chávez, en la calle Ciencia (para repartir más) donde estaba de Director Hermágoras (con H) Chávez, cerca de la pulpería de Leovigildo (sic), que vendía un "cepillao" que a veces se pagaba y otras nao... Fueron maestros de Villita: Acurero Aponte, el Bachiller Tudare y Manuel Ballesteros, que le llenaban de ceros.

* * *

Cuando se vino a Caracas se dejó tres cosas: su mamá, su hermana y un papel. Ellas, las pobres, no supieron qué decir. El papel decía: "Me voy para Caracas. Adiós". Y la firma. Nada más. Y era muchísimo.

Villa se vino a Caracas el 36. Porque le gustaba viajar y porque tenía la ilusión de ver la capital de la República. No se hubiera atrevido de no tener aquí alguien que medio lo recibiera. Fué a parar a la "Pensión Germania", donde el más alemán era de Palmarejo y donde paraba Ramón Paris, su padrino de confirmación. De provincia (aunque sea de Maracaibo) aquí había diferencia, aunque fuese el 36, y a Villa le sorprendieron la *cantidad de gente que iba a los desfiles* cuando los acontecimientos lópezcontreristas, el movimiento loco de los vehículos, las *palabras todas mochas* de los caraqueños y el hecho de que hablaran *a la carrera*.

El no había visto todavía más máquinas de fotografiar que las de "a minuto" de las plazas, aunque alguna vez soñó que haría algún día postales tan bonitas como las que hacía el famoso Ferrebús y vendían en Maracaibo a locha. Pero como mientras se vive de sueños, de todas maneras hay que comer, entró a trabajar a la panadería de Manduca. Después desfiló, no sé si porque era mal panadero o porque era tan bueno que se lo disputaban, por las de Ferrenquín, Montaubán, Capuchinos y algunos más de los pocos que había hasta que sembraron hornos de pan los italianos y portugueses.

Casó con Edelmira Acevedo "hacen ahora" 13 años, en Catedral, y tiene cuatro hijos: Sonia María de 12 años; Trina Josefina, ésta "como que tiene" 10; el otro, Geraldo ("sí, con l, porque es diferente que el otro") de 9 años, y Carmen Julia, de 7.

Al casarse tuvo un cuñado, como ocurre cuando la esposa de uno tiene un hermano, y el que le tocó en buena suerte, Jesús Acevedo, era "fotógrafo de minuterero" en la *playa del Mercado*. Insistió para que se uniera a él en el negocio, porque de todas maneras iba a ganar el pan más fácil haciendo fotos lejos del horno que amasando pegadito a la artesa. Se ahorró para una caja de postales, que valía 20 bolívares, y una

máquina de "a minuto", que le costó 300; le pintaron una decoración bonita de flores de cartón y le consiguieron un puesto en la *playa*.

En la playa del Mercado de entonces, ahora enterrado para siempre detrás de un piadoso cerco de ladrillo, trabajaban dos grupos de fotógrafos de minuterero: uno de diez fotógrafos los lunes, miércoles y viernes, y otro grupo igual los martes, jueves, sábados y domingos. Los grupos se alternaban todas las semanas. Y constituían una especie de "trust", porque nadie podía entrar en la combinación mientras no faltara alguno de ellos. Y después había puestos. El mejor era el situado al lado del reloj de piedra, que llamaban "la punta"; de allí partían, de izquierda a derecha, los puestos 1, 2, 3, etcétera, que iban correspondiendo alternativamente a los integrantes de los grupos. Villa se las arreglaba con las sirvienticas, los campesinos que venían de Charallave, Curipe, San Casimiro o San Antonio de los Altos, aunque las primeras fotos andaban bastante flojas. Y así transcurrieron unos tres años.

Después puso un negocito, por su cuenta, en sociedad con su cuñado, de San Jacinto a Traposos. "Fotos Villa" hacía fotos al minuto, pero ya estaba de puertas adentro.

Villa no conocía todavía ninguna máquina de rollo. Un día le vinieron a vender una máquina de ésas a casa. El hombre que la traía le pidió 20 bolívares por ella. Villa tenía los reales, pero se las echó de vivo, desconfió y pidió al vendedor que le permitiese llegar a casa de un amigo para *conseguir* la plata. Corrió a donde Caraballo Gramcko, la casa Kodak, y preguntó a Próspero Andueza, el encargado, si aquella máquina valía aquel dinero.

– ¡Túmbale el lazo... es un jamón!...

El ingenuo de Villa corrió con su cámara en la mano a pagar los 20 bolívares. Era una "Ikonta" alemana con lente "Novar" 1:35, 120.

Después pasó a un negocito propio de Torre a Veroes, donde hacía fotografías de "a minuto" y "de tiempo", y fotos de bodas en las iglesias, lo que más le disgusta hacer ahora. Entonces, "ahí por el 45", hizo su primera incursión en el periodismo trabajando para "Nosotras", una revista de Ana Mercedes Barrueta. Después pasó a trabajar con "Sucesos", un vespertino tabloide que le convirtió en patrón.

Villa, con esa ingenuidad ancha y bondadosa que brinda desde su humanísima sonrisa, se acercó a fin de la primera semana: cobrar su jornal del primer trabajo de agitado periodismo gráfico.

– No, chico –le respondieron con una sonrisa– ¡si tú no tienes que venir a cobrar, si tú eres socio!... Mira, ahora mismo te regalamos tres acciones...

Ya se sintió importante, aunque apenas comía. Siguió trabajando por las acciones. A los tres meses de accionar duro, el periódico quebró.

Ingresó en "Ultimas Noticias" en 1947, porque a pesar de aquel fracaso le seguía gustando "la cuestión de los periódicos". Estuvo cubriendo *información general* por tres años, y destacó pronto en *sucesos*, en compañía de Gustavo Ledo. Después pasó a "El Nacional", donde estuvo seis meses dedicado a *reportajes y deportes*. Regresó otra vez a "Ultimas Noticias"; colaboró brevemente en "El Universal" y "La Religión" (es "muy amigo de Monseñor"), en varias revistas extranjeras y "Elite". Ha sido por cinco años corresponsal de "Fiesta", de México, donde le premiaron una portada de Antonio

Toscano. Desde hace cuatro años está en "La Esfera", donde ha obtenido ya dos premios nacionales (el 51 y ahora) de periodismo gráfico y "donde más a gusto" ha trabajado en sus años de periodista-fotógrafo, la meta vocacional en que se ha madurado.

Villa prefiere "cualquier aspecto" del periodismo gráfico, "siempre que sea importante". Le gustan los acontecimientos sociales, los momentos de dramatismo político; el suceso, si no es caliche". Su inquietud periodística no ha tenido acaso el suficiente campo de acción, por limitaciones propias del género que practica.

Tiene muchas anécdotas. Ha afrontado riesgos, ha tenido grandes satisfacciones por su trabajo; ha trabajado muchas veces en balde, como todos. Le han amenazado ladrones y otros condenados por "hacerles la foto". Le han "ofrecido" tiros por retratar. Pero ha obtenido muchos premios taurinos, especialidad que practica con mucho acierto; otro que le concedió el Venezolano-Americano y los nacionales ya mencionados.

En los hombres como Villita, por cariño, al final sólo cuentan los premios y los amigos.